

## EL ESPAÑOLISMO DE MARCO VALERIO MARCIAL

---

(Conclusión.)

### XVI

Si Marcial reaccionaba con energía tan instantánea y feroz contra los cobardes roedores o los osados mordedores de su fama, a quienes tantas veces perdonaba el nombre, para no hacerles famosos con su golpe de colmillo (no de otra guisa, dice él mismo, los leones líbicos arremeten contra los toros y no son molestos a las mariposas) (1), era porque llevaba bien asentada en sí mismo la conciencia de su valía. A un detractor le dice con un supremo desdén:

—“Ladra, cuanto quieras, detrás de mí y hostígame con tus aullidos obstinados. Es voluntad mía resoluta y firme negarte esta fama que persigues hace tanto tiempo: ver tu nombre en mis libros y ser leído en todo el mundo. ¿Cómo, de otra manera, se sabría tu existencia? Pero no; es menester, bellaco, que mueras desconocido. Acaso no falten en la ciudad uno o dos, o tres o cuatro, que se ensañen en roer tu piel de perro. De esta sarna ayunarán mis uñas (2).”

Marcial conoce su mérito y no tiene reparo en pregonarlo:

*Ille ego sum nulli nugarum laude secundus* (3).

(Yo soy aquel que a nadie cede en el arte de las bagatelas.)  
A este mérito suyo correspondía una justa popularidad. A un envidioso le decía:

---

(1) *In tauros lybici fremunt leones nec sunt papilionibus molesti.*

(2) *Epigram.*, V, 60.

(3) *Epigram.*, IX, 1, 5.

*Laudat, amat, cantat nostros mea Roma libellos  
meque sinus omnis, me manus omnis habet...* (1).

Lindo epigrama, ufano y lleno de su propia gloria, que Juan de Iriarte interpretó así:

Roma alaba, Roma estima,  
celebra y canta mis versos:  
ocupar logran mis libros  
toda mano, todo seno.  
Pero alguno alcanzo a ver  
que poniéndose a leerlos,  
muestra a veces encendido,  
a veces pálido aspecto,  
que se para, que bosteza  
y, en fin, descubre su ceño.  
Esto me agrada: ya estoy  
con mis versos muy contento (2).

La envidia, que era un homenaje a su talento, le complacía tanto como la propia gloria; que no vino tardía para él; ni andando, como anda, con pie cojo, acudió a ceñir su helada sien con una corona póstuma. Para esta suerte de gloria sepulcral no tenía Marcial prisa ninguna. Horacio también se quejaba de que el pueblo romano sólo amaba a los muertos y veneraba sólo a aquellos poetas a quienes hizo sagrados Libitina. Rómulo y Baco, Castor y Pólux, estos dioses y héroes *filántropos* hubieron de lamentar el desdén con que el mundo los miró, a pesar de que, consagrando sus ingentes hazañas al bienestar de los hombres, aplacaron guerras ásperas, distribuyeron tierras, asentaron colonos y fundaron ciudades. El mismo Hércules, que abatió la Hidra a golpes de clava, descubrió, por su mal, que la Envidia es un monstruo más temible que sólo puede ser domado con la propia muerte. Afirmar que se puede ser glorioso en vida equivale a sostener que nada duro hay dentro de la oliva; que nada duro hay fuera de la nuez. Dentro de la aceituna hay el hueso; fuera del meollo hay la cáscara. Mientras el poeta viva, no se lo llevará la Gloria en su carro pomposo: tiene previamente que morir: *Extinctus amabitur*. Al socarrón de Marcial esta gloria ni le seduce ni le convence. Así se lo confiesa llanamente a Régulo (3) en un donoso epigrama:

(1) *Epigram.*, VI, 61.

(2) Horat., *Epist.*, II, 1, 14.

(3) Marco Aquilio Régulo, delator cobarde, captador de testamentos, a quien el mismo Marcial dedica un epigrama lisonjero (I, 13). Plinio el Joven, que le aborrecía, le llama *omnium bipedum nequissimus*: el peor de los bípedos todos.

¿Por qué la gloria niégase a los vivos,  
y hay tan pocos lectores que se gocen  
con los autores de su mismo tiempo?  
Estas, Régulo, son, ¡oh! no lo dudes,  
señales de la envidia; que ella siempre  
más ama a los antiguos que a los nuevos.  
Así, ¡qué ingratitud!, ansiosos vamos  
a gozar de la sombra del añoso  
Pórtico de Pompeyo; así los viejos  
elogian de Catulo el templo torpe (1).  
En vida de Virgilio, tú leías  
¡oh! Roma, a Ennio y de su siglo befa  
ha sido Homero. Rara vez Menandro  
aplausos y coronas ha obtenido  
en el teatro, y sólo de Corina  
Ovidio fué leído. Mas, no obstante,  
¡oh versos míos!, no piquéis espuela  
de gloria en pos: que si ella sólo viene  
después de muerto, yo no tengo prisa (2).  
*Vos tamen o nostri ne festinate, libelli:  
si post fata venit gloria, non propero.*

Pero la fama no aguardó a que muriese Marcial, para llevarse en su ala blanca. Ella le compensa y le conorta de las estrecheces de la pobreza:

Calístrato, confíesote que he sido  
y pobre soy, mas no desconocido;  
ni tampoco me encuentro mal famado,  
mas de todos leído y celebrado.  
En viéndome, aunque sea el más agreste  
festivo, dice: "El gran Marcial es éste."  
Y al fin lo que la muerte nos da a todos  
la vida me concede por mil modos.  
Tú tienes casa bella y ostentosa  
que cien columnas hacen majestuosa:  
riqueza que un liberto sólo abarca  
en envidiosa y envidiada arca;  
copiosas trojes Ceres te fecunda  
en los campos que en Siene el Nílo inunda,  
y la gálica Parma vellocinos  
te rinde los más finos.  
Esto somos tú y yo; pero aunque pobre,  
y a ti todo te sobre,  
ser lo que soy, Calístrato, no puedes;  
mas para ser aquello en que me excedes,  
que es ser rico ignorante,  
cualquier del pueblo juzgo por bastante (3).

(1) El templo de Júpiter en el Capitolio que, destruido por un incendio en el año 84 antes de Cristo, fué ruímente restaurado el año 62 por Q. Lutacio Catulo.

(2) *Epigram.*, V, 10. Traducción de Suárez Capalleja.

(3) *Epigram.*, V, 13. Nuestro remoto compañero fray Juan Interián de Ayala, sabio y quisquilloso autor de *Pictor christianus eruditus*, también se ensayó en la misma traducción:

Confíesote, Calístrato, soy pobre:

Así tradujo linda y naturalmente Salinas este epigrama marcialesco, en donde es de notar y de recoger esta sentencia feliz:

*Quodque cinis paucis, hoc mihi vita dedit.*

(Lo que la ceniza a unos pocos, me lo ha dado a mí la vida.)

Un día la parlera fama trae a nuestro bilbilitano lisonjeras nuevas. Se suena que la capital de los Alóbroges, Viena, la bella, que se espejea en el Ródano, tiene siempre sus libros en las manos. Todos lo leen, ancianos, jóvenes y niños y aun la casta esposa en presencia de su marido severo. Marcial es extraordinariamente sensible a esta aura y a este rumor de gloria lejana. Y exclama muy pagado de sí:

*Hoc ego maluerim quam si mea carmina cantent  
qui Nilum ex ipso protinus ore bibunt:  
quam mens Hispano si me Tagus impleat auro  
pascat et Hybla meas, pascat Hymettos apes.  
Nonnihil ergo sumus...*

“Me satisface esto más que si los pueblos que beben en las propias fuentes del Nilo recitasen mis versos; que si mi patrio Tajo me inundara de oro español; que si el Hibla y si el Himeto diesen pastura a mis enjambres. Yo soy algo, pues...!”

Los cinco primeros libros de epigramas, para su gloria, ya eran suficientes; los seis o siete que vinieron después ya fueron excesivos. Y reconvenía Marcial a su jocunda Musa por su juego demasiado asiduo: *Sit pudor et finis!* Tate, Musa, tate y pon fin

confieso que lo soy y lo fui siempre,  
si tal se llama quien honesto vive  
y no desea aquello que no tiene.

Pero soy caballero y erudito,  
tanto que lo que a pocos en la muerte  
les concede la fama su memoria,  
a mí, viviendo aún, me lo concede.

Tú eres rico; tu casa cien columnas  
con ostentosa máquina sostienen  
y en el precioso fondo de tus cofres  
vertió Fortuna pródiga sus bienes.

Tus trojes llena del fecundo Nilo  
dorada copia de cosecha fértil,  
y de francesa lana los vellones  
todo el esfuerzo del guarismo vencen.

Esto somos los dos; pero repara  
que lo que soy, tú serlo nunca puedes,  
y lo que tú eres, cuando más presumas,  
lo puede ser cualquiera de la plebe.

a tu retozona cachondez. La fama ya nada puede añadirme; en donde quiera mi libro anda en todas las manos.”

Está Marcial tan seguro de su inmortalidad, como Horacio lo estaba de la suya. No labró bronce perenne nuestro poeta; sino que trabajó vivos y vivaces camafeos. Y estas obras volátiles y chicas sobrevivirán a los mármoles sepulcrales de Mesala y de Licino. No faltarán bocas que reciten estos poemas leves y alevés, y los huéspedes de Roma los pondrán en su valija para llevárselos a su patria:

*Et cum rupta situ Messalae saxa jacebunt  
altaque cum Licini marmora pulvis erunt,  
me tamen ora legent et secum plurimus hospes  
ad patrias sedes carmina nostra feret (1).*

A cada nuevo libro que da Marcial crece en la segura fe de su *Non omnis moriar*; y se afirma en la creencia de su irrevocable inmortalidad. Horacio profetizó que iría remozándose en celebridad, mientras el Pontífice subiere al Capitolio, al lado de la callada virgen vestal. Las imágenes en que Marcial envuelve el pronóstico de su gloria son más plásticas. En los umbrales del libro décimo vuelve a recordar el sepulcro marmóreo de Mesala, que el tiempo ha de despedazar y derrocar por el suelo y resolver en liviano polvo. Este epigrama está henchido de noble orgullo, como una vela de viento amplio:

Este décimo libro, a calacuerda  
escrito y publicado, solicita  
y me impone el deber de revisarle.  
En él podrás leer algunas piezas  
que ya conoces, pero que he limado.  
Otras (y son las más) del yunque salen.  
Presta a las dos favor, lector amigo,  
tú que compones todas mis riquezas;  
tú a quien Roma me dió con estas frases:  
“Yo no te puedo hacer mayor regalo.”  
Por él podrás huír la desdichada  
influencia del fúnebre Leteo,  
y la más noble parte de ti mismo  
ha de sobrevivir a tus cenizas.  
Los ricos monumentos de Mesala  
hiende salvaje higuera...  
Mas, ni mano rapaz ni luengos años,  
podrán valer en contra de las letras  
únicos monumentos inmortales” (2).

(1) *Epigram.*, VIII, 3, 5-8. Este Licino, que tuvo tan bello monumento sepulcral, fué nombrado por Augusto, gobernador de la Galia, donde se enriqueció inmensamente. La magnificencia de su mausoleo construido en la Vía Salaria era proverbial. De él hablan Juvenal y Persio.

(2) *Epigram.*, X, 2.

*Solaque non norunt haec monumenta mori.*

Hay una imagen extraordinariamente eficaz y feliz en este bello y entonado epigrama. Es ésta:

*Marmora Messallae findit caprificus...*

Verso escultórico, verso pictórico, este de los mármoles del sepulcro de Mesala, hendidos por el cabrahigo que entre ellos escarba con sus raíces de garfio y encima de ellos agita su cabelleira loca y sus frutos vanos. Este verso parece dictar un lienzo de Nicolás Poussino, que, enamorado *de las bellas antiguas*, que eran las ajadas y nobles ruinas, andaba buscando temas traducibles al pincel por la soledad y la melancolía de los mustios collados de Roma.

No eran solos los ciudadanos ociosos de Roma quienes leían con singular afición los epigramas marcialescos:

“No son solamente los urbanos desocupados quienes se gozan con las lozanías de mi Musa; y no es sólo a las orejas vacías a quienes doy mis ociosas bagatelas; no. Entre la escarcha de los Getas que se agrupan en derredor de nuestras enseñas militares, mi libro es asiduamente hojeado por el rígido centurión; y aun me dicen que la Bretaña tararea mis versos...”

Mas, esta extendida celebridad ninguna pro le hace:

*Quid prodest? nescit sacculus ista mens.*

“¿De qué me aprovecha? De ella no sabe nada mi faldrique-ra.” Y pensar el poderoso aliento épico que le hubiera infundido un oportuno y benévolo mecenasgo:

“¡Qué batallas celebrara yo con potente soplo en la trompa de las Piérides si, tras de haber dado un Augusto (1) al universo orbe, los benignos dioses de Roma te hubieran dispensado con él un Mecenas!” (2).

La conciencia de su valer, unida al despecho de su pobreza, comunicó acidez a su musa, en tal grado, que le debió hacer arisco y puntilloso en la convivencia social. Con un tal Névoló, que no se anticipaba a saludarle y a darle el ¡Ave! matutino, estuvo a punto de tener una cuestión personal:

Névoló, tú nunca dices  
el primero “buenos días”,

(1) Alusión lisonjera a Nerva, recién subido al trono, en el mes de octubre del año 96.

(2) *Epigram.*, XI, 3.

pero siempre te contentas  
 con volverlos en seguida.  
 Sin embargo, el cuervo en esto  
 bien sabes que se anticipa (1).  
 ¿Por qué razón, dime, Névolo,  
 esperas mis buenos días  
 no juzgándote mejor  
 ni de mayor jerarquía?  
 Los dos Césares me han dado  
 premios y alabanzas ínclitas  
 y hasta me ha dado el postrero  
 el gozar prerrogativa  
 de tres hijos (2). Por doquiera  
 se leen mis poesías;  
 es conocido mi nombre  
 en la población más ínfima  
 y no tengo que aguardar  
 los honores de la pira  
 para dilatar mi fama (3).  
 ¿Pues qué? ¿Es esto cosa mínima?  
 Roma me ha visto tribuno  
 y hoy ocupo aquellas sillas  
 de que te expulsa Oceano... (4).

Y aún al maltrecho y molido Névolo le dispara una feroz y obscena jabalina final, reconociéndole sólo preferencia y superioridad en cosas nefandas que no es lícito mentar siquiera.

Él es él. Y no puede sufrir ninguna suerte de aproximación ni contaminación en su obra poética, que quiere conservar sincera e intacta. Cierta poeta clandestino y anónimo (*poeta quidam clancularius*), a quien Marcial acosa bajo el nombre de Prisco, esparce, como salidos de la oficina del bilbilitano, chistes propios de canalla vil (*vernaculorum*), sórdidas colmilladas, golpes bajos, en fin, que no compraría por un misto de azufre un chamariletero de vasos rotos; y quiere hacerlos pasar por míos!, exclama Marcial indignado: *Et vult videri nostra!*

¿Y piensas conseguirlo, Prisco? ¿Imaginaste al loro remedando la voz de la corneja y a Cano deseoso de sonar la gaita? (5).

*Procul a libellis nigra sit meis fama,  
 quos rumor alba gemmeus vehit pinna:*

(1) Los romanos, a los cuervos y a toda especie de aves charladeras, acostumbraban enseñarles la guturación del ¡Have! matinal con que se anticipaban a saludar al dueño.

(2) Estos emperadores eran Tito y Domiciano.

(3) *Ore legor multo notumque per oppida nomen non expectato dat mihi fama rogo.*

(4) Oceano era el acomodador de los juegos públicos, encargado de velar por que los asistentes no ocupasen los asientos indebidos. *Epigram.*, III, 95.

(5) Famoso tañedor de flauta.

*cur ego laborem notus esse tam prave  
constare gratis cum silentium possit?*

¡Lejos, lejos de mis libros esa fama tiznada! ¡Lejos de mis libros, que mece la gloria en su ala blanca! ¿Por qué este pernicioso afán de que se me conozca tan vilmente, cuando sé que el silencio no me va a costar nada? (1).

No podía Marcial quejarse de la fama. Y no se quejaba. ¡Qué lástima que la gloria no hubiera traído consigo de la mano al provecho! Pero ya que no era así, agradecía a sus lectores la popularidad en el bello epigrama liminar del primer libro:

*Hic est quem legis, ille quem requiris,  
toto notus in orbe Martialis  
argutis epigrammaton libellis...*

“Este es aquel a quien lees; este es aquel a quien buscas; este es tu Marcial, famoso en todo el orbe por sus picarescos libritos de epigramas. Tú, aficionado lector, dístele, cuando aún vive y cuándo aún siente, una gloria que raros poetas consiguen, en siendo ya ceniza (2).”

Y no se halagaba Marcial con una fatua vanidad cuando escribía tales cosas. Esta era la realidad. Antes de abandonar a Roma, el procónsul a quien sus deberes llamaban al fondo de una provincia remota por tres años inacabables; el oficial que iba a encerrarse en su campamento a orillas del Danubio o en las montañas de la Escocia, no dejaban nunca de llevar consigo el pequeño volumen marcialesco. Aquel manojito de gracias y donaires formaba parte de la *gerumna*, o sea el equipaje del militar; y cabía siempre en la valija del funcionario. Y cuando les tomaba el deseo de la Roma lejana, para mecer y conortar su lánguida añoranza, abrían el volumen minúsculo, y a su conjuro eficaz, la urbe, dejada a su pesar, mostrábase a su imaginación y se entregaba a su memoria, animada y viva con sus aspectos pintorescos, con sus palacios, con sus templos, con sus calles, con su población abigarrada, con sus costumbres, con sus divertimientos. Y así era como nuestro Marcial era leído en Viena, a la vera del Ródano, y en Bretaña, a las márgenes del Támesis, y a la orilla del Aude, en la ventosa Narbona, por su amigo el docto Votieno, que allí desempeñaba la primera magistratura de la ciudad (3).

(1) *Epigram.*, X, III.

(2) *Epigram.*, I, 1.

(3) *Epigram.*, VIII, 72.



En la jerarquía poética no reconoce más superior que Catullo. Así se lo dice a un amigo por quien quisiera ser justamente valorado:

*Uno sed tibi sim minor Catullo (1).*

Pero, ni aun esta gloria literaria podía satisfacerle cumplidamente. No había motivo alguno porque se le envidiara, ni por sus versos, ni por su sal copiosa, ni por su nombradía. Otros había más célebres y más envidiables:

*Notus gentibus ille Martialis  
et notus populis — quid invidetis? —  
non sum Andraemone notior caballo (2).*

Más famoso aún que él lo era el caballo Andremón y objeto, por parte de sus apasionados públicos, de favores y de acérrimas admiraciones.

El cultivo de la poesía da una fama relativa, pero no da nada más. Llegó a pensar nuestro bilbilitano si se había equivocado por su mal y contra sus intereses al preferir una musa jocosa a una musa severa, coturnada y solemne. Toda Roma lee y canta sus poemas y le da muchos aplausos. Pero ¿sabe el lector amigo lo que estos aplausos le cuestan a Marcial? Si él se hubiera hecho caudico y hubiera puesto su talento al servicio del Tesoro, o su palabra a disposición de los cuidados reos, cuántas tinajas de aceite de España le traerían los solícitos mercaderes y cómo los pliegues de su toga se engrudarían de tanto recibir monedas de todo metal y de todo cuño:

*At nunc conviva est comissatorque libellus  
et tantum gratis pagina nostra placet.*

“Mas, por ahora, mi pequeño libro no es más que un convidado y un compañero de orgías, y mis versos no placen sino porque son gratuitos (3).”

Los libros de versos no se venden. Sólo los compran los cocineros, como quien dice, por el papel:

*Redimunt soli carmina docta coci (4).*

(1) *Epigram.*, X, 78.

(2) *Epigram.*, X, 9. Famoso caballo de carreras, perteneciente a Escorpo. De él queda mención en *Corpus Inscriptionum latinarum*, VI, 10.052.

(3) *Epigram.*, V, 16.

(4) *Epigram.*, VI, 60, 8.

## XVII

Este gran poeta indigente, este genial mendigo, este humorista agriado tiene una disculpa casi eximente; y es que en Roma un poeta no podía vivir de la pluma.

Parece que fué Ático, el amigo y corresponsal de Cicerón, quien, en los últimos años de la república, introdujo la reproducción de los libros como negocio, si bien en muy reducida escala. Mas, ya en tiempo de Augusto, la librería constituía una rama del comercio, en Roma, que bien pronto se extendió a las provincias. Estos depósitos de libros estaban situados en los barrios más animados de la capital; y los pilares y las entradas de las tiendas que ocupaban ofrecían ejemplares de libros en venta, a la vez que eran lugar de reunión de los hombres de letras que allí acudían en busca de novedades literarias o simplemente para departir de literatura. La mano de obra de los esclavos ponía esta industria incipiente en condiciones de proveer la mercancía rápidamente, a buen precio y al por mayor. Algunos centenares de *escribas*, escribiendo todos a la vez y al mismo dictado hacían acaso en menos tiempo, pero sin duda con muchas más erratas, lo que podía hacer una imprenta antes de la aparición de las rotativas. La incorrección y la desigualdad en el texto era la falta capital de los libros de la antigüedad. Marcial mismo fué víctima de ellas copiosamente y hubo de pedir dispensa a los lectores, excusándose en las priesas del copista y culpando la mano demasiado veloz:

“Si en estas hojas encontrases, lector, algunos pasajes o sobradamente oscuros o de dudosa latinidad, no es mío el yerro; fué el copista quien pecó en su afán de llegar, en interés tuyo, al verso final de la obra. Y si insistieres que el feo no es él, sino que soy yo; entonces voy a persuadirme que no tienes pizca de inteligencia. —Pero estos versos son malos, dices—. No voy yo a negar la evidencia; claro, que son malos; pero no los haces mejores, tú (1).”

A nadie se le había ocurrido hasta entonces que un libro perteneciese a quien lo había hecho, no de otra manera que un campo o una casa pertenecen a sus propietarios, ni nadie atinó en que el Estado debía garantizarles esta legítima propiedad. Des-

---

(1) *Epigram.*, II. 7.

de el momento en que un libro había aparecido, era ya de dominio público; pues el que se había procurado un ejemplar podía hacerlo copiar tantas veces como le viniera en gana y disponer de él como de cosa propia, regalándolo a los amigos o poniéndolo a la venta en su provecho personal. En estas condiciones, hubiera sido una candidez del librero comprar una obra que todo el mundo, el día después de su aparición, tenía el derecho de reproducir y divulgar. Demasiado se comprende que el editor pagaba muy poco o simplemente no pagaba nada por el libro que le presentaba el autor. De esta manera, el editor, no teniendo que partir beneficios con nadie, hacía copiosos agostos. El negocio de la librería en los días de Marcial era muy floreciente, pero no ciertamente para los autores, sino para los editores.

Marcial tuvo los suyos; los conocemos a todos y sabemos sus direcciones, por indicación del propio Marcial. Es probable que cada uno de ellos vendiese sus epigramas en varios formatos y a precios diferentes.

El primero que nos da a conocer Marcial es a Quinto Polio Valeriano, a quien envía al presunto comprador en un epigrama muy gracioso, que es un modelo de reclamo industrial, delicado y lindo:

—“Todas aquellas fruslerías que hice por juego en mi mocedad y aun en mi puericia, aquellas bagatelas mías de que yo mismo casi había perdido el recuerdo, si quieres sabrosamente malgastar tus horas buenas y eres enemigo de tu propio reposo, ve a pedir las a Quinto Polio Valeriano; que si no fuera por él, hubiesen perecido (1).”

Atrecto era otro de sus editores, al cual nuestro escamado poeta remite donosamente a un tal Luperco, que al propio autor pedía que le prestase los libros:

Cuantas veces tú me encuentras,  
me dices siempre, Luperco:  
“¿Quieres que mande un esclavo  
y le entregas tu pequeño  
libro de los Epigramas?  
Te lo devuelvo en leyéndolo.”  
Es inútil que a tu esclavo  
quieras molestar, Luperco.  
Tu casa está muy distante  
del Peral (2), y te prevengo

(1) *Epigram.*, I, 113.

(2) Nombre del barrio o, más bien, de la casa donde Marcial vivía. Los antiguos designaban sus casas por la insignia que se ponía en ellas; sin duda, era la de un peral. Este uso ha llegado casi hasta nosotros, pues

que habito en un tercer piso  
 y están altos los terceros (1).  
 Lo que deseas, lo puedes  
 obtener sin ir muy lejos.  
 Tú sueles ir con frecuencia  
 a las tiendas de Argileto,  
 y, por tanto, junto al Foro  
 de César hallarás presto  
 un mostrador con los rótulos  
 de las obras, recubierto  
 y allí el nombre de los vates  
 podrás recorrer de un vuelo.  
 Allí pregunta por mí  
 dirigiéndote hacia Atrecto,  
 que así el librero se llama,  
 y éste del cajón primero  
 o del segundo extraerá  
 un Marcial pulido y bello  
 con adornos purpúreos  
 y que él te venderá al precio  
 de cinco denarios. "Caro!"  
 dices. Es verdad, Luperco (2).

Suárez Capalleja no devuelve la picantísima sal final con que el bilbilitano unta el aguijón epigramático:

*"Tanti non es" ais. Sapis, Luperce.*

(No vales tanto, dices. —¡ Luperco, eres todo un crítico!)

Otro de sus editores librerías era un tal Segundo, cuyo domicilio puntualiza muy precisamente, como quien tiene interés en que el hipotético comprador no se moleste demasiado en buscarle. Le dice Marcial al lector probable:

Tú que deseas que doquier te sigan  
 mis libros y pretendes que ellos sean  
 en tu largo viaje compañeros,  
 debes comprarlos, cuyo pergamino  
 está oprimido en tablas muy pequeñas.  
 Que los grandes volúmenes se queden  
 en los estantes; mas a mí, completo  
 me puedes tú llevar en una mano.

cesó cuando se introdujo la más cómoda y prosaica numeración, que es moderna relativamente.

(1) Marcial no era propietario aún, sino inquilino de la habitación que ocupaba y que se hallaba en el tercer piso; pues de esta manera se deben entender las *tres scalae* de que habla:

*Et scalis habito tribus, sed altis.*

Se subía a las casas que tenían tantos pisos por medio de escaleras que arrancaban desde la calle. Los ricos ocupaban las habitaciones bajas. Estas especie de buhardillas, habitadas por inquilinos, se llamaban *coenacula*.

(2) *Epigram.*, I, 118. Los cinco denarios que costaba el libro de Marcial equivalían a unas cuatro pesetas.

Y a fin de que no ignores do comprarme  
y porque toda Roma no discurras,  
lector, con gusto te seré de guía.  
Ve a buscar a Segundo, aquel liberto  
de Lucense el docto... (1)

Este Segundo tenía su tienda de librero, mucho más modesta que la hermosa y bien surtida de Atrecto, que ya hemos visitado, *detrás del atrio del templo de la Paz y el foro de Palas* (2).

Hablando Marcial con uno de sus libros, con el primero, afablemente, cariñosamente, como un padre habla con un hijo suyo inexperto que quiere correr mundo, le dice:

—“Tú, mi pequeñuelo libro, prefieres habitar las tiendas del Argileto, cuando tan a placer y con tanto huelgo pudieras quedar en mis anaqueles. Tú ignoras, ay, tú ignoras los melindres de la señora Roma. El pueblo de Marte, créeme, es zahareño y difícil. En ninguna parte oirás más bravos gruñidos. Mozos, viejos y niños tienen narices de rinoceronte. Cuando habrás oído una gran ovación, y a ella corresponderás echando besos, teme no ser fieramente manteado y lanzado a las estrellas. Pero tú, por no sufrir las muchas raspaduras de tu dueño y porque una pluma severa no refrene tus lascivos charloteos, prefieres, aturdido, ensayar tus alas por el aire. Anda, vete; pero ¡cuánto más seguro te quedarías en casa y a mi lado!”

*Aetherias, lascive, cujus volitare per auras:  
i, fuge; sed poteris tutior esse domi* (3).

Un tercer editor de Marcial también conocemos porque a él remite muy donosamente nuestro poeta a un tal Quinto, que tenía la pretensión de que le regalase los libros:

¿Porque no cuestan dinero,  
dados mis libros pretendes?  
No los tengo, Quinto, ¿entiendes?,  
sino Trifón el librero.  
—¿Dinero por burlas? ¡No!  
¿Yo sin ser loco de atar  
tus versos he de comprar?  
No soy tan necio. —Ni yo (4).

(1) *Epigram.*, I, 2.

(2) El templo de la Paz fué construído por Vespasiano en el *Forum Pacis*. El Foro de Palas era el pasadizo o *Forum transitorium*, llamado más tarde *Foro de Nerva*, en cuyo lado norte había un templo de Minerva. Detrás de estas construcciones se extendía el cuartel del Argileto, donde abundaban las tiendas de libreros.

(3) *Epigram.*, I, 3.

(4) *Epigram.*, IV, 72. Juan de Iriarte tradujo, no con tanta rapidez y gracejo, este mismo epigrama:

¿Que te regale mis libros

De este editor Trifón sabemos que publicó los dos postreros libros de la obra marcialisca, o sean el XIII y el XIV, que no contenían epigramas. El autor reunió bajo el título de *Xenia* y de *Apophoreta* una doble serie de dísticos cuyo destino no era idéntico. Los *Xenia* acompañaban los regalos enviados a domicilio a los amigos de la casa. Los *Apophoreta* adjuntábanse, como etiquetas, a diferentes objetos que se sorteaban entre los invitados a la mesa del dueño de la casa, que en determinadas ocasiones constituían una verdadera lotería. Era una suerte de entretenimientos que podían convenir a cualquier época del año, pero que eran propios especialmente en las fiestas Saturnales. Para que el lector se haga cargo de lo que son estas composicioncitas sin trascendencia alguna y a veces con muy poca chispa, allá va un ejemplo de *Xenia*. Es la novena del libro XIII y acompaña un presente de lentejas:

*Accipe Niliacam, Pelusia numera, lentem:  
vilior est alica, carior illa faba:*

“Acepta estas lentejas del Nilo, cual la Pelusia no las crió mejores; son más baratas que la espelta; pero más caras que las habas.”

Ahí va una muestra de *Apophoreta*: es la 165 y acompañaba a una cítara que entraba en sorteo:

*Reddidit Eurydicen vati: sed perdidit ipse  
dum sibi non credit nec patienter amat.*

“Ella devolvió Eurídice al vate; pero él salió perdiendo, por no tener confianza en sí y por no amar con paciencia.”

Estos dos libritos de tenues lindezas ingeniosas, que Marcial atralló a pares, fueron editados por Trifón, que los lanzó al mercado al precio módico de cuatro o de dos sextercios, que equivalían a 60 céntimos:

“Toda la colección de *xenias* (son en total doscientos setenta y cuatro versos) contenidas en este chico volumen te costará, si la comprares, cuatro sextercios. Cuatro, ¿son demasiados? Pues te costará sólo dos y aún quedará para el librero Trifón alguna

---

pides, Quinto, con empeño?

No los tengo, que los tiene  
allá Trifón, mi librero.

—No soy tan necio me dices  
que dé plata por tus versos.

—Tampoco lo soy yo tanto  
que te regale con ellos.

pequeña ganancia. Podrás enviar estos dísticos en obsequio a tus huéspedes, si el dinero es cosa tan rara para ti como para mí. Lleva unos títulos que añaden a los objetos los nombres que los designan. Si alguna cosa no te agradare, pasa de largo (1).” No parece que Marcial dejase de participar en el negocio, aunque fuera magramente, tal es el interés que demuestra porque sus admiradores pasen por casa de los librerros.

A este Trifón somos deudores los españoles de otra gratitud muy especial. Fué asimismo el editor de las *Institutiones Oratorias* del calagurritano Marco Fabio Quintiliano, que si no fuera por el constante afán con que se las pedía, acaso no hubieran salido jamás de los borradores. Quintiliano así lo hace constar en una bellísima carta:

“Pedíste me con cotidiana porfía que me resolviese a publicar los libros que para mi Marcelo compuse sobre la formación del orador. A fe, que yo creía que mi trabajo no había madurado asaz, pues no le había dedicado, como sabes, mucho más de un bienio, y aun distraído por muchos otros negocios; y este breve tiempo lo había dedicado no tanto a la perfección del estilo cuanto a la investigación y a la lectura de los autores, que son innumerables. Fuera de que, teniendo bien presente el consejo de Horacio, quien en el *Arte poética* persuade que no se precipite la publicación y que se guarde nueve años en cartera, yo dejaba en reposo mis escritos, a fin de que, enfriado mi amor de autor, pudiese juzgarlos con el imparcial criterio de lector. Pero si de tal manera son solicitados, como tú afirmas, demos las velas a los vientos y hagamos votos para que lleguen a una feliz orilla. Por otra parte, mucho confío en tu esmero meticoloso de que llegarán a manos del público con la mayor corrección posible.”

Lo que hacía más precaria aún la situación de los autores era que existían cuantiosos depósitos de libros, gratuitamente accesibles a todo el mundo. El proyecto que acarició Julio César de fundar en Roma bibliotecas públicas, que su muerte temprana hubo de malograr, fué realizado por Asinio Polión, a quien es deudora Roma de la primera biblioteca pública formada por libros griegos y latinos. Augusto añadió a esta biblioteca inicial otras dos, una bajo los pórticos de Octavia y otra en el Palatino. Los emperadores subsiguientes, Vespasiano y Trajano en especial, acrecentaron sucesivamente su número con nuevas funda-

(1) *Xenia*, 3.

ciones. Estas bibliotecas servían de lugar de reunión de los amigos de las letras. Asinio Polión tuvo, además, la idea de servirse de las salas de biblioteca para rendir un homenaje, desusado hasta entonces, a las grandes celebridades literarias. Sus estatuas, con cajones de libros a sus pies, como la de Sófocles, tan conocida, o sus bustos coronados de hiedra, adorno reservado a la frente de los pensadores (1) a título de recompensa, ordinariamente en bronce, pero en casos excepcionales en plata y en oro, ornamentaron estas salas y pórticos, y probablemente este honor no tardó en ser igualmente discernido a los poetas y otros autores, aun en vida (2).

Marcial gozó de esta sutil gloria callada. Un amigo suyo, Estertinio, varón clarísimo a quien él poéticamente llama Avito, quiso colocar la imagen del poeta predilecto en su biblioteca. Para que fueran puestos debajo de su escultura le envió aquellos versos que le definen:

*Ille ego sum nulli nugarum laude secundus  
quem non miraris sed puto, lector, amas.  
Majores majora sonent: mihi parva locuto  
sufficit in vestras saepe redire manus (3).*

Las lecturas públicas que entonces estaban en auge y favor también por su parte perjudicaban el comercio de libros y de soslayo a sus autores. En aquella sazón el público literario estaba tan acostumbrado a la recitación oral y a la palabra viva, que la lectura muerta, la apacible lectura a domicilio, no pudo ser tan común como en los tiempos modernos de gran desarrollo literario. Además, no podía menos de resultar fatigosa. Los textos, por lo común, tomados al oído por los copistas y escritos a vuela pluma, estaban muy corrompidos, con deficiente puntuación, con abreviaciones difíciles, con mala letra. Y la poesía, sobre todo, perdía muy mucho de su prestigio si el oído no la percibía. Leída fríamente, sus esencias se evaporaban y del texto muerto las imágenes se desasían como espectros o como el humo del fuego y del cuerpo la tenue sombra. Juvenal nos cuenta que al anuncio de una recitación de la *Tebaida* de Estacio, la gente acudía de todas partes para oír a un poeta y a un poema, admirados y queridos. Parece que Estacio estaba admirablemente dotado para esta suerte de recitaciones. Así el público, interesándose por las

(1) *Doctarum hederæ præmia frontium*, Horat. Od., I, 1, 29.

(2) *Ut dignus venias hederis et imagine macra*. Juvenal, VII, 159.

(3) *Epigram.*, IX, *Praef.*



producciones literarias más recientes, íbalas a beber en la misma fuente; que no es lo mismo, decía nuestro poeta, tomar el agua de la alberca que recogerla del manantial. Las conocía en su forma más auténtica y satisfacía al mismo tiempo la doble ingénita curiosidad de conocer al poema y al poeta. Y éste recibía el galardón inmediato y gozaba la instantánea satisfacción del aplauso y de la popularidad.

Marcial, que tan acerbamente había flagelado a los poetas recitadores, no había de incurrir en este pecado improductivo, ni él sabía ni quería calzar el coturno de la grandilocuencia arrebatada y sonante. Cuando había terminado un libro, no bien vestido de púrpura ni pulido de piedra pómez, lanzábalo al viento, abiertas sus cien alas, y le despedía con una cariñosa palmada, como quien suelta pájaros zahareños que sabe que no han de volver:

*Ohe, jam satis est, ohe libelle! (1).*

### XVIII

Marcial es viejo, o lo que es peor aún, Marcial se siente viejo. Tiene cincuenta y siete años, de los cuales ha vivido treinta y cuatro en Roma. *Tacitis senescimus annis*. La nieve amansó la rebeldía de sus cabellos españoles. Marcial con la edad se ha vuelto hosco, se ha vuelto agrio. Como ya nada espera de Roma, Roma le aburre. Pero he aquí que en su memoria encenizada germina y asoma, como una hierba verde, el recuerdo de la tierra natal. La añoranza de la patria le prende, y Marcial medita la fuga; medita la repatriación. Ya Roma le duele y le pesa, a él que había sido un urbano impenitente. Este estado de espíritu se acusa con síntomas inequívocos en el libro décimo de sus epigramas. Se lo confiesa a su amigo y protector Frontino paulatinamente:

Frontino, en tanto que de Anxur vivía  
en retiro pacífico y ameno,  
y en Bayas que de Roma está más cerca  
y en el hogar en la ribera alzado,  
y en medio de los bosques, donde nunca  
penetran las cigarras inhumanas,  
ni siquiera en las horas más ardientes  
y en la margen de lagos semejantes

(1) *Epigram.*, IV, 91.

a ríos, ¡ay! entonces yo podía contigo festejar las doctas musas. Mas hoy, sobre nosotros pesa Roma con toda su gran mole. ¿Hay un momento que no sea de Roma? Sumergido en este inmenso golfo, en él consumo mi vida en medio de afanar inútil sacando mi alimento del menguado producto que me rinde un huerto próximo a la ciudad, y vegetando triste en tu barrio ¡oh! Quirino venerable... (1).

¡Qué inmensa y abrumadora pesadumbre pone Roma sobre las endebles y trilladas espaldas de Marcial!:

*Nunc nos maxima Roma terit.*

Marcial ya no puede con la mole pesadísima. Roma le devora todas sus horas y no le deja aquel ocio sabroso y fecundo en que se engendran los libros. A su amigo el docto Potito que le culpa de desidia, porque en todo un año apenas hace salir un libro, le especifica Marcial cómo gasta y pierde sus horas romanas:

—“Voy a saludar, antes del alba, a unos amigos que no me devuelven el saludo; voy a felicitar a muchos y nadie, Potito, me felicita a mí. Ora mi anillo tiene que sellar documentos oficiales (2) en el templo de Diana, diosa de la luz... Ora es un cónsul o un pretor quien me retiene y con ellos las escoltas que les acompañan. Y hartas veces tengo que prestar mi atención a un poeta durante todo un día. Y para colmo, no siempre puede uno impunemente negar unas horas al abogado, al retórico, al gramático... Llega la hora décima, y molido de fatiga, voy al baño y a cobrar mis cien cuadrantes. Dime, Potito, ¿cuándo podré hallar tiempo de hacer el libro?

*Fiet quando, Potite, liber? (3)*

Roma le enerva y con sus tiranías le tiene agotado. A Roma no le pide más sino que le deje dormir:

*Iam parce lasso, Roma, gratulatori.  
lasso clienti (4).*

“¡Ten piedad, oh Roma, de un cumplimentero exhausto, de un

(1) *Epigram.*, X, 58. Suárez Capalleja, intérprete.

(2) Testamentos, contratos matrimoniales, franquicia de esclavos. Esta ceremonia verificábase en algún templo en cuyo archivo quedaban los tales documentos, recondidos.

(3) *Epigram.*, X, 70.

(4) *Epigram.*, X, 74.

exprimido cliente! ¿Por cuánto tiempo, aún, mezclado desde el amanecer con una ruin gavilla de parásitos me será menester ganar en todo un día mis cien cuadrantes de plomo, mientras que Escorpo (1) en una hora, si sale vencedor, cobra quince pesados sacos de oro reciente? En recompensa de mis libros (y ¿qué no valen mis libros?) yo no pido las llanuras de la Apulia (2); ni me tienta el Híbla, ni me seduce el Nilo, productor de mieses, ni la delicada uva que de la cima del otero de Setia contempla las lagunas Pontinas. ¿Pídesme cuál es mi más ambicioso deseo? ¡Dormir!”

Ya no se recata Marcial de decir a todo el mundo que siente el deseo del país lejano, él que en la ciudad del Lacio envejeció; que tiene sed del Tajo, que tiene sed del Jalón; que se muere por volver a ver el rústico cortijo y el albergue rural abastado de productos campestres:

*Saepe loquar nimium gentes quod, Avite, remotas  
miraris, Latia, factus in urbe senex,  
auriferumque Tagum sitiam patriumque Salonem  
et repetam saturae sordida rura casae.*

Confiesa que más que ninguna otra le agrada aquella tierra en la que una hacienda chica le hace feliz y en donde unos tenues recursos son la opulencia:

*Illa placet tellus in qua res parva beatum.*

Aquí, el campo tiene que ser mantenido; allí, es el campo el que mantiene. Aquí la candera escasa apenas deja tibio el hogar; allí calienta con jocundas lumbraradas. Aquí es muy cara el hambre y el mercado arruina; allí la mesa se abasta con las riquezas del propio campo. Aquí en el verano se gastan cuatro o más togas; allí una sola me da abrigo cuatro otoños.” Son demasiado lindos los versos, llenos de hechizo geórgico, saturados de menosprecio de corte y de alabanza de aldea, para que resista la sabrosa tentación de transcribirlos:

*Pascitur hic, ibi pascit ager; tepet igne maligno  
hic focus, ingenti lumine lucet ibi;  
hic pretiosa fames conturbatorque macellum  
mensa ibi divitiis ruris aperta suis;  
quattuor hic aestate togae pluresque teruntur,  
autumnis ibi me quattuor una tegit... (3).*

(1) Famoso y malogrado auriga a quien el mismo Marcial consagra un delicadísimo epitafio, X, 50.

(2) Las llanuras pullesas eran célebres por la hermosa lana que criaban sus rebaños.

(3) *Epigram.*, X, 96.

Marcial tiene decidido el regreso a su patria. Así se lo dice a su amigo Macro, que retornaba de la Bética, en donde había sido procónsul, para encargarse de la legación de la Dalmacia, en unos versos pulquérrimos que son un canto a la fina amistad y a la probidad política:

*Ibis litoreas, Macer, Salonas;  
ibit rara fides amorque recti  
et quae, cum comitem trahit pudorem  
semper pauperior redit potestas.*

“Trás a las márgenes de Salona, amigo Macro; y contigo irán la lealtad y el amor de la rectitud; contigo irá la autoridad, que cuando lleva en su séquito la honradez, vuelve siempre más pobre de lo que se fué.” Los dálmatas, hijos de una tierra aurífera (1), verán un día marcharse a su gobernador con las manos vacías; mientras que él, Marcial, hará la vía de su patria, adonde se llevará entrañable e indesarraigable la añoranza del amigo:

*Nos Celtas, Macer, et truces Hiberos  
cum desiderio tui petemus.*

Pero, toda cuanta página escribiere allí, con caña del Tajo pesado, llevará el nombre de Macro, cuyo aprecio quiere conservar a todo trance:

*Sed quoecumque tamen feretur illinc  
piscosi calamo Tagi notata,  
Macrum pagina nostra nominabit:  
sic inter veteres legar poetas,  
nec multos mihi praeferas priores  
unó sed tibi sim minor Catullo (2).*

Pero, antes de regresar, parece que quiere el hijo pródigo de BÍlbilis explorar el ánimo de sus paisanos. ¿Cómo van a recibirle después de treinta y cuatro años de ausencia? ¿Qué impresión les hará el que se marchó con la rebelde greña de carbón y vuelve con la cabeza llena de ceniza? ¿Habrá llegado a ellos la fama de su gloria poética? ¿No se sentirá BÍlbilis tan honrada de tenerle a él, como Verona se siente ufana de su Catulo?

—“¡Oh, mis compatriotas de BÍlbilis la imperial, encaramada en monte fragoso, que ciñe el Jalón con aguas raudas!: ¿no os ufana la alegre fama de vuestro vate? Pues yo soy decoro vuestro, y ejecutoria vuestra, y gloria vuestra. Verona, su cuna, no

(1) Según Plinio, *Hist. Nat.*, XXXIII, 4, 67, la Dalmacia criaba oro en sus venas.

(2) *Epigram.*, X, 78.

debe más al tierno Catulo y ella no deseara menos que yo fuese suyo. A treinta estíos se han sumado cuatro mieses, desde que vosotros, sin mí, ofrecéis a Ceres tortas rústicas, mientras que yo viví encerrado en los bellísimos muros de Roma, señora del mundo: las riberas de Italia trocaron la color de mis cabellos. Si acogéis mi retorno con sentimientos de benevolencia, iré; pero si guardáreis de mí recuerdo hostil, nada me costará tomar la vuelta:

*Excipitis placida reducem si mente, venimus;  
aspera si geritis corda, redire licet* (1).

¿Y por qué habrán los bilbilitanos de recibir mal al más glorioso de sus hijos? Si el nombre de BÍlbilis ha quedado en la historia y en la geografía literaria ocupa un puesto firme, a Marcial se lo debe. Cuando el pulido cortesano Baltasar Castiglione vino acá de Nuncio apostólico, codicioso con el más natural de los deseos de saber las cosas peregrinas y más celebradas del país en donde debía desempeñar su legación, entre las catorce que quería averiguar de su amigo Marineo Sículo, gran conocedor de España, una de ellas era *dónde es BÍlbilis, natural patria del epigramista Marcial* (2). ¿Y por qué los munícipes de BÍlbilis habían de recibir con ceño hostil a su compatriota envejecido en la capital del mundo, si jamás renegó de su origen, si habló siempre de su patria con orgullo y con ternura?

Heraldo de su próxima partida, envía a su amigo Flavo, que debía partir para España, el libro décimo, acaso el más amado de sus libros, porque era conteste de sus desengaños y de sus añoranzas y le despide con este tierno mensaje:

*I nostro comer, i, libelle, Flavo  
longum per mare, sed faventis undae  
et cursu facili tuisque ventis  
Hispanae pete Tarraconis arces...*

¡Oh libro mío, corre y acompaña a Flavo, en su lejana, mas dichosa navegación; que favorables auras y fácil derrotero te conduzcan a Tarragona hispánica: desde este lugar, rápido coche (3) llevaráte en cinco días (4) a la enhiesta BÍlbilis y a tu caro Jalón. ¿Qué te encomiendo?

(1) *Epigram.*, X, 103.

(2) L. Marineo Sículo, *De rebus Hispaniae memorabilibus*. Alcalá de Henares, 1530.

(3) *Rota*, rueda, dice el original.

(4) No era seguro este plazo: *Quinto forsitam essedo videbis*.

Helo aquí: al momento que llegares saluda en nombre mío a algunos pocos amigos de la infancia, a quien no he visto ha ya treinta y cuatro años: recomienda después a Flavio que me elija cómodo retiro deleitoso, de modesto precio y que pueda, en fin, prestar abrigo a la pereza de tu amado padre. Nada más, nada más. Ya con imperio llama el patrón y riñe a los morosos: propicio viento el puerto ya franquea. Adiós, mi libro, adiós. Corre ligero puesto que sabes que el bajel no aguarda (1).

Pero Marcial no podía regresar a su cara Celtiberia en alas de sus deseos. Los viajes costaban dinero, entonces como ahora, y Marcial no tenía reserva alguna. Vivía al día, impetuosamente. Cariñosamente le reprendía el calagurritano Marco Fabio Quintiliano, que con su cátedra y con su parsimonia se había amasado una fortuna, porque el descuidado bilbilitano vivía demasiado deprisa. Marcial le contestaba con fino gracejo que le excusase de su inconsciencia, porque nadie se apresuraba asaz a vivir la vida:

*Vivere quod propero pauper nec inutilis annis  
da veniam; prosperat vivere nemo satis* (2).

Ello estaba bien para los que querían sobrepasar el paterno censo y atesoraban para la descendencia. El prudente calagurritano tenía dos hijos (sus dos ojos, que decía él), que murieron malogrados en su flor; y toda su previsión de padre cauto fué baldía. Marcial, célibe, con los tres hijos nominales que le regaló el emperador Tito y Domiciano confirmó; Marcial con el *jus trium liberorum* no tenía para quién guardar ni aun para sí, pues no podía prever este viaje. Afortunadamente, la amistad acorrió en su ayuda. Con dinero ajeno, Marcial hubo de regresar a su España.

## XIX

Con dinero ajeno Marcial hubo de regresar a su España; a su España a quien no había olvidado un momento; porque la había traído consigo a Roma, en el pliegue más avaricioso de su toga, en el más entrañable secreto de su corazón. En Roma, la

(1) *Epigram.*, X, 104.

(2) *Epigram.*, II, 90.

España lejana le sonreía interminablemente, como sonríe una estrella; como al anciano moroso le sonríe la niña en flor. En lontananza la patria se le mostraba más bella; en el apartamiento era más deseada. A los amigos suyos que a España se dirigen acompañábales con fieles incansables añoranzas:

Oh tú, famoso a la nación celtíbera;  
 tú, honor de nuestra España, oh Liciniano,  
 que vas a ver a la elevada Bilibis  
 por sus caballos y sus armas noble:  
 al viejo Cayo que la nieve cubre;  
 al sacro Vadaveron, separado  
 de las demás montañas y los bosques  
 alegres de la plácida Botrodo  
 que gustan tanto a la feliz Pormona;  
 tú nadarás en las termales aguas  
 y lentas del Congedo, y en los lagos  
 en donde moran plácidas las Ninfas.  
 Después vendrás a refrescar tu cuerpo  
 cansado del Jalón en leve cauce,  
 aguas que al hierro dan tan fino temple.  
 Allí también Boberca ofrecerá  
 caza que matarás desde tu mesa;  
 combatirás los fuegos del estío  
 del áureo Tajo con las frescas ondas,  
 sombreadas por las plantas de sus márgenes.  
 Del Dircenna las aguas congeladas,  
 las del Nemea más que nieve frías  
 de tu sed matarán el vivo fuego.  
 Cuando Diciembre llegue con sus nieves  
 y el invierno brumoso ruja ronco  
 con el fiero Aquilón, recogerás  
 de Tarragona a las riberas dulces  
 y a tus de Saletania posesiones.  
 El gamo allí cogido por tus redes  
 sucumbirá a tus golpes; en caballo  
 brioso correrás la liebre astuta  
 y al patrio jabalí, y a tus colonos  
 tan sólo dejarás el ágil ciervo.  
 Del aldeaño bosque la madera  
 bajará por sí misma a sus hogares,  
 en donde caldearánse niños sucios.  
 Por ti invitado comerá contigo  
 el cazador, y no verán tus ojos  
 calzado que contenga medias lunas  
 ni togas que a la púrpura trasciendan  
 ni grosero Liburno ni cliente  
 quejumbroso, ni viuda pedigüeña.  
 No turbará tu sueño el reo pálido,  
 y dormirás durante la mañana.  
 Otro a gran precio compre el vano y fútil  
 placer de los aplausos; mas tú, apiádate  
 de los dichosos, y sin torpe orgullo  
 disfruta tú de verdadera dicha...  
 La vida que te resta sin desdoro

puedes pasar ocioso: que tú has hecho  
ya lo bastante para haber la gloria (1).

Acaso la transcripción sea prolija en exceso. Pero es tan bella esta odita (que no epigrama) que recuerda los más apacibles pasajes de las Geórgicas virgilianas y parece una versión del *Beatus ille* horaciano, que la tentación fué irresistible. Lástima que este poemita campestre de la Celtiberia no haya acertado a dar con un traductor cual lo tuvo el Venusino en nuestro Fray Luis.

Este Liciniano a quien va dedicada la pieza lindísima formaba parte de aquel núcleo de españoles romanizados que eran conocidos en la capital del imperio por algo más que por el son espeso y ronco de su latín, cuales Séneca y Lucano, hijos de Córdoba; cual Canio, venido de Gades (Cádiz); cual, de Mérida, Deciano; cuales Liciniano y Marcial, de Bilibis, que por no ser menos que Córdoba, producía a pares los claros varones (2).

Fernán Pérez de Guzmán, en sus *Claros varones*, enumera a algunos de estos magníficos españoles romanizados:

De filósofos e auctores  
uno fué Séneca ispanno;  
non desdeñan a Lucano  
poetas e istoriadores.  
Es entre los oradores  
insigne Quintiliano;  
España nunca da flores  
mas fruto útil et sano.  
Valerio e Linceriano (Liciniano);  
de Mérida natural  
e dellos tercio e igual  
el poeta Deciano...

Las numerosas evocaciones de España en Roma, que salpican la obra poética de Marcial, aparecen casi todas embellecidas por el amor; y en casi todas pone el poeta blandamente la flor azul del recuerdo. Hasta el sueño de la muerte en España le parece menos duro y casi apetecible y casi envidiable:

*Sancta Salonimi terris requiescit Hiberis  
qua melior Stygiis non videt umbra domos...* (3)

He aquí cómo canta, con acento noble y con grande plectro el *Plátano del César* (4) que hay en Córdoba:

(1) *Epigram.*, I, 50.

(2) *Epigram.*, I, 62.

(3) *Epigram.*, VI, 18.

(4) Este plátano fué plantado por Julio César, en su campaña española, en una casa amiga y fué cuidado por sus huéspedes con una veneración religiosa.



En las campiñas de Tartesia, donde  
 Córdoba la opulenta se complace  
 del pacífico Betis en la orilla;  
 en donde los vellones se revisten  
 del pálido color de los metales  
 que el río encubre; donde en fin la lana  
 de los rebaños de la Hesperia brilla  
 del oro con vivísimos vislumbres,  
 un alcázar espléndido se encumbra,  
 alcázar que conoce todo el orbe.  
 En medio del magnífico palacio  
 un plátano se yergue, cuya fronda  
 espesa cubre cuantos edificios  
 se encuentran aledaños. Es el plátano  
 de César. El con su gloriosa diestra  
 lo plantó por sí mismo y ella ha hecho  
 brotar lozano su primer retoño.  
 Por el vivaz verdor de su follaje  
 y por la altura de sus grandes ramos  
 que a las estrellas álzanse atrevidos,  
 a questo bosque al parecer conoce  
 quién fué su autor y soberano dueño.  
 Los faunos embriagados a menudo  
 bajo su amena sombra han jugueteado  
 y el eco de su flauta ha interrumpido  
 el silencio nocturno del alcázar.  
 El árbol muchas veces fué guarida  
 a rústicas driadas, que evitaban  
 a través de campiñas solitarias  
 los nocturnos asaltos amorosos  
 de Pan; y muchas veces los que abriga  
 benignos lares, el olor lanzaron  
 de los báquicos brindis favorables  
 a su crecer pomposo y lozanía.  
 Allí también el césped, con coronas  
 de rosas, recubrióse, y nadie pudo  
 decir después que allí las depusiera.  
 Árbol querido de los santos dioses,  
 árbol del César grande e invencible,  
 no temas, no, al destructor acero  
 ni a la llama sacrílega. Tú puedes  
 la gloria pretender de eterna fronda,  
 porque no fueron manos pompeyanas  
 las que te han arraigado en este suelo (1).

A Córdoba, cual si fuera mujer y hermosa, la recuesta Marcial  
 con finos y delicados requiebros:

*Uncto Corduba lactior Venafro  
 Histra nec minus absoluta testa  
 albi quae superas oves Galaesi  
 nullo murice nec cruore mendax  
 sed tinctis gregibus colore vivo...* (2)

(1) *Epigram.*, IX, 62.

(2) *Epigram.*, XII, 63.

“Córdoba, más lozana que el olivífero Venafro (1); Córdoba, más perfecta que una ánfora del Istro (2); Córdoba, más blanca que las ovejas del Galeso (3); Córdoba, sincera, que no mientes púrpuras, sino que es vivo el color que tus rebaños lucen... (4).”

A orillas del Tiber peregrino no olvida Marcial el Betis patrio. Y canta aquella agua caudal con acento noble y con alguna imagen que recuerda el famoso soneto de Góngora al Guadalquivir, que en el poeta cordobés ciñe *tosca guirlanda de robusto pino* y en Marcial, la corona que ciñe el Betis, es de glaucos olivares:

*Baetis olivifera crinem redimite corona  
aurea qui nitidis vellera tingis aquis...*

¡Oh Betis, cuya frente se corona  
de ricos olivares; cuyas aguas  
de límpida pureza dan su tinte  
dorado a los vellones de tus márgenes...

La vid y la oliva, Baco y Palas, Bronio y Minerva viven en amigable y fecunda paz en aquellas tierras opulentas del suelo andaluz, por donde tuerce su sesgo camino el río, rey de los otros. En Córdoba, donde la oliva y la vid cohabitan en tan apacible consorcio, la oliva no dijera a la vid lo que le dice en el lindísimo epigrama de Angelo Poliziano:

*Quid me implicatis, palmites,  
plantam Minervae, non Bromii?  
Procul racemos tollite,  
ne virgo dicar ebria.*

—“¿Sarmientos, por qué me enlazáis a mí, planta de Minerva y no de Baco? Idos allá con vuestras uvas, que no se diga de mí que soy una bacante.” Bacantes sobrias son las oliveras cordobesas abrazadas con las vides; y fluyen a la par de los jugosos pechos de la Bética la vena del óleo y la vena del vino.

Y sigue Marcial ponderando el Betis:

*Cui rector aquarum  
albula navigerum per freta pandit iter...*

(1) Monte de Italia, célebre por sus olivares y por su aceite exquisito. Cfr. Horat., *Carm.*, II, 6, 16.

(2) La Istria, no menos famosa que el Venafro por las expediciones de su aceite riquísimo en gentiles ánforas.

(3) Este famoso río de la antigüedad es el Cernaro actual, que desemboca cerca de Tarento.

(4) Las lanas cordobesas tenían un blondo natural, como el oro.

a quien el Padre de las aguas, Neptuno, por el mar blanqueado de espuma, abre un camino navegable.

¿Recordáis aquel amigo de Marcial, Instancio Rufo, a la salud del cual quería el poeta beber tantas copas cuantas eran las letras de su nombre? Pues éste fué quien le dió la ocasión de este bello ditirambo en loor del río famoso, vena nutriz de la Bética, gran madre de frutos y gran madre de varones. Es de saber que en sustitución de Macro, aquel otro amigo de Marcial, destinado a una legación en la Dalmacia, fué encargado del gobierno de la Bética vacante. Y para él invoca Marcial agüeros prósperos, viaje feliz y buen gobierno, como fué el de su predecesor. ¡Ardua sucesión la de Instancio si había de mantenerla a la altura de Macro! Pero, sí; Instancio la sabrá mantener porque conoce a qué le obligan el cargo y el antecesor:

*Non ignorat onus quod sit succedere Macro.*

Y termina Marcial el delicioso epigrama con esta bella sentencia política, digna de las *Empresas* de Saavedra Fajardo o del *Doctrinal de privados*:

*Qui sua metitur pondera, ferre potest (1).*

(El que sabe medir su responsabilidad, es ya capaz de llevarla.)

Casi todo lo de España le parece lo mejor a Marcial. A un amigo suyo, Fusco, que posee olivares en Tibur, deséale que el aceite sea tan puro como el que estrujan los lagares de Tartesso, que es el Andalucía, y que sus colmadas bodegas críen vinos como aquéllos:

*Nec Tartessiacis Pallastua, Fusce, trapetis  
cedat et immodici dent bona musta lacus (2).*

Eucto es un colector de antigüedades que ya conocemos (3). Pues a todas sus ambiciosas vetusteces y a su moho histórico prefiere el bilbilitano los botijos de Sagunto, que de siete en siete, con tosca rueda, labró en arcilla el alfarero de su país, dando al mísero barro un garbo todo español:

*Et crasso figuli polita caelo  
septenaria synthesis Sagunti  
Hispanae luteum rotae torcuma (4).*

(1) *Epigram.*, XII, 98.

(2) *Epigram.*, VII, 28.

(3) *Epigram.*, VIII, 6.

(4) *Epigram.*, IV, 46.

El son de oro que hacen rodar las ondas del rico Tajo resuena por todo el orbe hespérico y le hace famoso por todo el mundo:

*Hesperio qui sonat orbe Tagus* (1).

Marcial sabe que maduran metal precioso las minas de Galicia y que lo cava el minero astur (2). ¿Y cómo su musa regocijada, que cual la Gitanilla cervantesca, hacía chascar sus manos con el alegre crépito de las castañuelas andaluzas:

*Et Tartessiaca concrepat aera manu* (3),

podía dejar de hacer mención de las bailarinas gaditanas?

No hay mujer española que no salga  
del vientre de su madre, bailadora,

dice Cervantes en *La gran Sultana*. Esto era ya verdad en los días de Marcial, en que la Bética, al par de los productos del suelo ubérrimo, exportaba también agilísimas bailadoras, de las que Gades tenía la flor. En las orgías del tiempo no faltaban bellas y morenas andaluzas que ejecutaban sus danzas famosas al son de la flauta, con acompañamiento de castañuelas, en medio de un coro de canciones obscenas. Las gaditanas eran un número de atracción. Plinio el Joven se le queja a un amigo que hubiera podido comer con él en su casa y sin ceremonia, en un convite no muy platónico, y él, en cambio, prefirió un banquete sazaz: "Hubieras oído, le dice, a un cómico, o a un lector, o a un tañedor de lira o, tal era mi interés por darte gusto, hubiéralos oído todos a una; pero tú preferiste, no sé con quién, ostras, vulvas de cerda, erizos marinos, gaditanas (4)." Esta triste nombradía de sus paisanas andaluzas, que merecían la execración de Séneca, el filósofo grave y cejijunto, a sus tiempos regocijaban a Marcial, que nos describe sus rijosas danzas, si bien no las quería en su casa y acaso hubiera deseado para la blanca Gades, la Señorita del mar, una fama mejor. He aquí la crepitante zarabanda, descrita al vuelo en un rapidísimo y vivaz dibujo que todavía tiene su verdad:

(1) *Epigram.*, VIII, 78, 6.

(2) *Epigram.*, X, 16, 3.

(3) *Epigram.*, XI, 16, 4.

(4) *Audisses comoedum, vel lectorem, vel lyristen, vel, quae mea liberalitas, omnes. At tu, apud nescio quem, ostrea, vulvas, echinos, Gaditanas maluisti.* Plin. Jun., *Epist.*, I, 15.

*De Gadibus improbis puellae  
vibrabunt sine fine prurientes  
lascivos docili tremore lumbos* (1).

Sabemos el nombre de una de estas infelices, acaso la más afortunada del gremio. Llamábase Teletusa. Parece que estuvo en relaciones no demasiado honestas con nuestro poeta. Al menos la esperó en un banquete en casa de Instancio Rufo, el que había de ser gobernador de la Bética. (¡ Buena manera de documentarse para el gobierno de su ínsula!) (2) Teletusa no debía ser tan formal como Maritornes, que jamás faltó a la palabra dada. Lo cierto es que aparece en el epigramatario del poeta, su paisano, como una suerte de maligna vampiresa, torturando y abrasando a su amo; el cual la había vendido como esclava y luego, encandilado por sus bailes, hubo de recuperarla como dueña:

“Diestra en tomar actitudes lascivas al son de las castañuelas béticas y a menearse al ritmo de Gades; capaz de devolver el vigor al trémulo Pelias y de incendiar al propio marido de Hécuba, cabe la pira funeraria de Héctor; Teletusa inflama y atormenta a su primitivo dueño: la vendió sirvienta y la rescató tirana (3).”

## XX

Marcial regresó, pues, a su España y a su Bílbilis. Su luna de miel con la patria no podía ser más dulce ni sabrosa. Ved con qué tintas risueñas y apacibles describe la vida que lleva en su pueblo, vida *municipal* y gustosa, a su amigo Juvenal, el vehementemente satírico, poco tiempo después de su llegada:

En tanto que ocupado en tus negocios  
vas a través corriendo de Suburra,  
calle de tanto tráfago y barullo  
o pisas la colina de Diana;  
o mientras que empapado en sudor cálido  
bajo tu veste que sacude el aire,  
jadeante vas de alcázar en alcázar;  
y te fatigas desde el grande Celio  
hasta el menor, he vuelto, ha muchos años,  
a contemplar a Bílbilis, soberbia  
por sus metales de oro y hierro puros;  
y en ella vivo campesina vida.

(1) *Epigram.*, V, 78.

(2) *Si Teletusa venit promissa gaudia portat. Epigram.*, VIII, 50, 23.

(3) *Epigram.*, VI, 71.

Aquí, indolente labrador, cultivo  
 no con grandes esfuerzos ni sudores  
 los campos de Boterdes y Platea,  
 nombres muy crasos de la tierra mía.  
 Gozo profundo, prolongado sueño  
 que a veces dura más de la hora tercia,  
 y aquí reparo todas las vigili-  
 as sufridas en el curso de treinta años.  
 No se conoce aquí ninguna toga:  
 y aquí me adorno con cualquiera veste  
 que yace en mi desvencijada silla.  
 Al levantarme espérame gran fuego,  
 noble montón de troncos de carrasca  
 en aledaño monte derribados;  
 fogata que ha ceñido la casera  
 de un ceñidor extenso de marmitas.  
 El cazador cargado viene luego,  
 y tal cual lo quisieras en el bosque  
 más denso. El mayordomo, todavía  
 imberbe, distribuye la tarea  
 a los esclavos y me ruega déle  
 licencia de cortarles el cabello.  
 Así vivir; así morir me agrada (1).

*Sic me vivere, sic me juvat perire.*

¡Qué energía y qué cariño, de que queda muy poco rastro en los fáciles endecasílabos del traductor, sabe poner Marcial en los versos originales! Unos parecen acuñados en metal noble; otros blandamente escritos en cera dócil, cuando aún huele a miel. Y en estos fuertes y puros versos romanos no se desdeña Marcial de incrustar los nombres típicos de su tierra. No podía engastarlos en mejores diamantes:

*Me multos repetita post Decembres  
 accepit mea rusticumque fecit  
 auro Bilbilis et superba ferro.  
 Hic pigri colimus labore dulci  
 Boterdum Plateamque — Celtiberis  
 haec sunt nomina crassiora terris.*

¡Aquel ¡Dormir! que en Roma pedía en balde y con gritos desesperados, pudo, por fin, en BÍlbilis, ser largamente saciado! Los treinta años de vigili-  
 as romanas fueron en su tierra rescatados con amplitud:

*Ingenti fruor improboque somno  
 quem nec tertia saepe rumpit hora,  
 et totum mihi nunc repono quidquid  
 ter denos vigilaveram per annos.*

Los que tienen trato con las Piérides son perezosos de suyo. En

(1) *Epigram.*, XII, 18. Traducción de Suárez Capalleja.

el poeta Marcial, a la pereza profesional los años unieron la morosa lentitud. Estaba en aquella edad en que gustan el ocio y el sueño:

*Sed piger et senior, Pieridumque comes  
otia me somnusque juvant, quae magna negavit  
Roma mihi...*

Lo que le negó la Roma imperial se lo otorgó el ríscoso municipio celtibérico: el sueño leve como una niebla leve; el sueño continuo como una agua continua.

Muy dulce es el despertar de este sabroso sueño cuando en los días del invierno pasa el poeta, aún entumecido, de la mullida tibieza del lecho a la amiga lumbre del hogar, alimentada por los troncos del carrascal vecino, y mientras suenan al fuego las ollas que puso el ama a cocer, con su col, sus legumbres y su vaca:

*Surgentem focus excipit superba  
vicini strue cultus iliceti,  
multa vilica quem coronat olla.*

Llega el cazador. Distribuye el amo la tarea a los esclavos y les corta los cabellos, que en nada se quieren parecer los esclavos celtibéricos a los esclavos de Roma, especie de Adonis, con el pelo rizado y ensortijado, como frágiles doncellas.

La paz de que disfrutaba España en aquel tiempo hacía más apacible la vida. Enviado por Trajano, gobernaba Cornelio Palma, en calidad de legado, la España citerior durante los años 100 y 101 de nuestra era. ¡Qué cuadro de paz bucólica traza Marcial en este lindo epigramita, de hacimiento de gracias al Emperador, hijo de Itálica famosa, que había tenido un singular interés en enviar a su amada Iberia un gobernador de toda su estima: la flor de los gobernadores!:

*Palma regit nostros, mitissime Caesar, Hiberos  
et placido fruitur Pax peregrina jugo.  
Ergo agimus laeti tanto pro numere grates:  
misisti mores in loca nostra tuos (1).*

—“Es Palma quien gobierna a nuestros Iberos, ¡oh el más suave de los Césares!, y la Paz arisca complácese en su blando yugo. Gozosos por un don tan grande, te gratificamos: a esas comarcas nuestras enviarte las costumbres tuyas.” Ufano, alegre, y acaso enamorado —ya diré luego por qué— en su España y en su Bilibilis, celebró un año Marcial el aniversario de su

(1) *Epigram.*, XII, 9.

nacimiento y saludó con hermosa efusión su día natal, que había sido el primero de marzo. Este epigrama parece un himno religioso a la luz:

*Martis alumne dies, roseam quo lampada primum  
magnaue siderei vidimus ora dei;  
si te rure coli viridisque pudebit ad aras  
qui fueras Latia cultus in urbe mihi:  
da veniam servire meis quod nolo Kalendis  
et qua sum genitus vivere luce volo...!*

“¡Oh día, hijo de Marte, en que yo por vez primera vi la rosada antorcha y el noble rostro del dios de la lumbre: si te avergonzares de ser celebrado por mí en la libertad de la campiña y cabe aras verdeantes, tú a quien tantos años celebré en la metrópoli del Lacio: concédeme no ser ya más esclavo de mis Kalendas y que viva enteramente para mí, el día en que fuí nacido...!”

Marcial se siente libre; se reconoce exento, y viene a decir con esta su invocación al divino día natalicio, lo mismo que nuestro fray Luis:

Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas, sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo.

¡Qué diferencia entre este cumpleaños suyo, gozado solitariamente en la paz del campo, con aquellos otros aniversarios urbanos, que en lugar de darle satisfacciones, le acarreaban enojos, de tal suerte que la proximidad de su llegada le hacía palidecer por miedo de que a Sabelo le falte agua caliente para aguar su vino; y para que Alauda pueda beberlo claro filtrar ansiosamente el Cécubo turbio; y aquel ir y venir entre las mesas aderezadas; aquel recibir a unos y a otros; aquel levantarse a cada momento del convite y poner los pies en el mármol, más frío que el hielo! ¿Qué motivo había en aquellos años de su servidumbre romana de soportar con resignación estas cadenas que si nos las impusiera quien tuviese autoridad, las repugnaríamos? (1).

En Bilibilis conoció Marcial a una respetable y distinguidísima dama, Marcela de nombre, que fué su protectora decidida, y aun algunos dicen que llegó a ser su legítima esposa. Esto último es más que dudoso. Esta Marcela bilibilitana hace pensar en 'doña

(1) *Epigram.*, XII, 60.



Endrina, la del Arcipreste, viuda y rica, y que también era de Calatayud:

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,  
donegil, muy lozana, plasentera et fermosa  
cortés et mesurada, falaguera, donosa  
graciosa et risuenna, amor de toda cosa... (1)

¿Qué mucho que aquella doña Endrina bilbilitana inspirase a nuestro Marcial un sentimiento que si no era amor se le parecía extraordinariamente? Pues no parece ser sola galantería la que inspiró al poeta, llegado a los arrabales de la senectud, este delicioso epigrama:

—“¿Quién te tomaría, Marcela, por una compatriota del rígido Jalón; quién te creyera nacida en nuestro mismo suelo? Tan peregrino es tu porte y es tanta tu dulzura. El propio Palatino, si te oyere una sola vez, diría que eres suya; y mujer ninguna nacida en el meollo de la Suburra podrá competir contigo; ni contigo podrá competir ninguna hija del collado capitolino. Tarde será cuando aparezca la gloria de una beldad extranjera a quien convenga mejor ser una matrona romana. Tú has mitigado en mí el deseo de la Ciudad reina del orbe. Tú, tú sola me haces Roma.”

*¿S'amor non è, che'dunque è quel ch'io sento?*

“Si esto no es amor, no sé amor lo que será.”

Los versos originales están impregnados de una tan suave languidez y amasados con tal cariciosa blandura, que en toda la obra de Marcial sólo le conocemos otro momento semejante. Y fué cuando, obedeciendo tal vez a un íntimo y recatado sentimiento amoroso, tal como lo siente el hombre moderno, escribía a Pola (2), que le había enviado rosas frescas, que más quisiera recibirlas ajadas por su mano.

(1) *Libro de Buen Amor*, copla 555.

*Municipem rigidi quis te, Marcella, Salonis  
et genitam nostris quis putet esse locis?  
Tam rarum, tam dulce sapís. Palatia dicent  
audierint si te vel semel, esse suam:  
nulla nec in media certabit nata Subura  
nec Capitolini collis alumna tibi;  
nec cito ridebit peregrini gloria partus,  
Romanam deceat quam magis esse mirum.  
Tu desiderium dominae mihi mitius urbis  
esse jubes: Romam tu mihi sola facis.*

*Epigram.*, XII, 21.

(2) Pola Argentaria se llamaba la viuda de Lucano (a la cual, en

Marcela fué generosa con el poeta. Hartas veces el poeta había fustigado la avaricia romana y la vil liberalidad de sus protectores que le regalaban un jardín que cabía en su ventana, dentro de una maceta; o una tierruca alejada, que él, con el par de candongas que a ella le trasladaban, deseaba con gitana maldición para sus enemigos envidiosos:

*Mulas habeat et suburbanum!*

—(¡Así tengas unas mulas y una quinta!) Y hasta una vez sintió la imperial ruindad de Domiciano que le negaba lo que nada vale, el agua, para su casita romana que, con la sed de Tántalo, oía el son de la fuente Marcia, que junto a ella pasaba corriendo. Aquel poco de campo y aquella miaja de bosque, que han deseado todos los poetas que en el mundo han sido, junto con la libertad espiritual y la paz del alma, recibiólo en BÍlbilis Marcial de las muy magníficas manos de Marcela. La piececita epigramática en que Marcial agradece el don es una pura delicia, un verdadero joyel lírico; que vale en su hechicera brevedad mucho más que el más ambicioso poema *De cultu hortorum* de su conterráneo Columela:

—“Este bosque, estas fuentes, esta sombra que ciernen los pámpanos, esta onda que corre dócil y fértil, estos prados, estas rosaledas que como las de Péstum dan rosas dos veces al año, este verdor de hortalizas en el cano enero, este tropel doméstico de anguilas que nadan en mis albercas, esta torre blanca donde anidan palomas blancas, dádivas son todas de mi dueña. A mi vuelta, después de siete lustros, díome Marcela esta casa y estos pequeños reinos. Si Nausicaa quisiera regalarme los huertos de su padre, yo podría decir a Alcinoos: ¡Prefiero los míos! (1).”

*Prefiero los míos; prefiero mis reinos. De bien poca cosa hacen su reino los poetas. A Virgilio le bastaban unas hazas de*

---

otra ocasión, llamaba Reina); pero no es de creer que el poeta mendigo pusiera tan altos los ojos y subiera el corazón tan arriba.

- (1) *Hoc nemus, hi fontes, haec textilis umbra supini  
palmitis, hoc riguae ductile flumen aquae,  
prataque nec bifero cessura rosaria Paesto,  
quodque viret Jani mense nec alget holus,  
quaeque natat clusis anguila domestica lymphis,  
quaeque gerit similes candida turris aves  
munera sunt dominae: post septima lustra reverso  
has Marcella domos parvaque regna dedit.  
Si mihi Nausicae patrios concederet hortos  
Alcinoos possem dicere: Malo meos.*

*Epigram., XII, 31.*

tierra sembrada. A Horacio, un campo no grande, un poco de bosque, y una fuente exigua que llorase risa continua. A Marcial le colma todas las ambiciones el dominio rústico de Marcela.

Horacio, que a sus horas sintió también el atractivo de la vida rural, en una de sus más bellas epístolas (1) describe con trazos eficaces cuán desplazado se siente el hombre de letras y de ciudad, en medio del campo verdadero y bárbaro. Sus vecinos, asomados a las bardas del cercado, se ríen de él y de la desmaña con que remueve piedras y destripa terrones:

*Rident vicini glebas et saxa moventem.*

Y acaba por desear de nuevo la aborrecible ciudad que le causó tedio y por echar de menos las Cíparas rapaces y el Falerno copioso y por disgustarse de lo que tiene y perecerse por aquello de que carece:

*Optat ephippia bos piger; optat arara caballus.*

El poeta, nervioso y vivaz, harto de ser rústico, quiso ser de nuevo urbano. El buey moroso deseó la silla, él que cuando era caballo brioso deseó el arado. Una carta que desde Bilibilis escribió Marcial a su amigo Prisco nos da a medir toda la profundidad del cambio operado en tres años de residencia en Bilibilis:

“Valerio Marcial a su amigo Prisco, salud.

No se me oculta que debo justificarme de mi contumacísima pereza trienal; la que no fácilmente sería perdonada entre las ocupaciones que nos impone la ciudad, con las cuales conseguimos más fácilmente ser importunos que obsequiosos; y cuánto menos no lo será en la soledad de una provincia, en donde si no me entrego al estudio con intemperancia, el apartamiento no tiene solaz ni excusación alguna. Escucha, pues, mis razones. La primera y potísima es que en vano busco aquí el auditorio a que en Roma me había avezado y aquí me imagino pleitear en ajeno foro. Si algo hay en mis librillos que plazca, ello me lo dictó el oyente: aquella fineza de juicios, aquella ocurrencia de sujetos, las bibliotecas, los teatros, las tertulias en donde el placer disimula el estudio, todo aquello, en suma, que yo dejé por hastío, ahora lo deseo como si por violencia me hubiera sido arrebatado. A todo esto se agrega la venenosa mordedura de los dientes pueblerinos, la envidia que hace aquí el oficio de la crítica, un

---

(1) *Epistol.*, I, 14: “ad Vilicum”.

malévolo o dos que en un lugar pequeño forman toda una multitud y ante los cuales es harto difícil conservar todos los días un humor igual. No te extrañes, pues, de que haya rechazado con indignación lo que por costumbre practicaba por deleite. No obstante, a tu llegada de Roma, cuando me exigieses cuentas, para no rehusar a un hombre con quien no es ser ingrato el darle más de lo que he podido, me impuse por obligación lo que antes me era un gusto, esto es, dedicar algunos días al trabajo, a fin de ofrecer a mi mejor amigo mi homenaje de bienvenida. Te ruego, pues, que tengas a bien examinar, pesar escrupulosamente estos versos, que únicamente ante ti solo no están expuestos a peligro alguno. Juzga sin reparo, lo que debe serte penoso, estas fruslerías, hijas de mi vena, por temor de que no envíe a Roma, si es que así lo ordenares, no un libro escrito en España, si no un libro español.”

Esta es la carta liminar que encabeza el postrero de sus libros, el duodécimo, puesto que los XIII y XIV, constituídos por insignificantes juguetes poéticos, las *Xenias* y los *Apoforetas*, indignas del genio de Marcial, fueron publicados con mucha anterioridad (entre los años 84 y 85). Las moscas municipales acabaron con el león líbico. Marcial ya no cabía en Bilibilis. El Jalón de su infancia se le ha vuelto funeral. ¡Cómo hubiera querido volar en pos del libro, que enviaba a Roma, con estos ardientes, desalados votos!:

Tú, libro mío, que ibas otro tiempo,  
de Roma hacia otras gentes, hoy de aquí  
a Roma te diriges. Marcha, marcha  
desde el país que riega el áureo Tajo,  
de las riberas áridas y tristes  
del Jalón, pobre río de mi patria.  
Tú en la ciudad de Remo soberana  
en donde vió la luz la mayoría  
de tus hermanos, no serás extraño  
ni te habrán de llamar advenedizo.  
Acércate al dintel —razón te asiste—  
del templo venerable que hace poco  
alzóse al coro de las nueve Hermanas.  
O, si más te agradare, da principio  
subiendo por la calle de Suburra.  
Allí se yergue el opulento alcázar  
del cónsul, de mi amigo el noble Estela,  
cuyos penates se hallan adornados  
de la elocuencia con la palma ilustre  
y que abreva su sed en los raudales  
de la fuente Castalia que orgullosa  
allí vierte sus ondas cristalinas  
y adonde, según dicen, a menudo  
las doctas Musas a saciarse vienen.

El, entre el pueblo, habrá de propagarte  
 y entre el senado ilustre y caballeros,  
 y él mismo no ha de recorrer tus páginas  
 sin que su pecho sienta conmovido.  
 Mas, ¿con qué objeto un título me pides?  
 Con dos o con tres versos que te lean  
 clamarán todos que eres libro mío (1).

Acaso Marcial se halagaba con lisonjero engaño. Tal vez su alejamiento había aminorado aquella gran popularidad suya que él creía viva aún e intacta. No hay nada tan huidizo como este sutil viento pregonero. Para que la fama suene, se la ha de llenar de aliento continuo. Cicerón supo por experiencia hasta qué punto su apartamiento de Roma perjudicó su renombre político. La popularidad se alimenta con la presencia y una ausencia trienal no pasa impunemente. Si Marcial, como parecen indicarlo la carta a Prisco y la despedida a su libro español, tuvo el deseo de volver a Roma, a calentar de nuevo su vejez al sol de su gloria morosa; ya no tuvo tiempo. La muerte se lo vedó.

En una carta de Plinio el Joven está registrada su necrología. Escribe a Cornelio Prisco y le dice:

—“Acábanme de decir que ha muerto Valerio Marcial; y la noticia me duele. Era hombre ingenioso, agudo, rápido, que en sus escritos ponía muchísima sal y hiel y no menor sinceridad. Yo, en su ida de Roma, le sufragué los gastos del viaje; debía esto a la amistad; yo le debía esto por unos pequeños versos que me dedicó. Fué costumbre antigua, cuando un escritor había hecho el elogio, así de los particulares como de las ciudades, recompensarle con honores o con dineros. Mas, en nuestro tiempo, como tantas otras usanzas bellas y nobles, ésta también ha desaparecido y aun primero que las otras. Después que hemos cesado de hacer cosas laudables, juzgamos ser una ineptia el que se nos alabe.

”Pídesme qué versos son estos por los cuales yo le demostré mi agradecimiento. De grado te remitiría al libro que los contiene, si no me supiere algunos de coro; tú, si éstos te agradaren, ve al libro por los otros. Habla el poeta a su Musa y le manda que se vaya a buscar mi casa por las Esquilias (2) y que a ella se acerque reverentemente:

—“Guarte, mi Musa, de llegar a destiempo y de tocar a la puerta de la docta casa en estado de embriaguez. Días enteros

(1) *Epigram.*, XII, 3.

(2) Por este pasaje de Marcial, más especificado en *Epigram.*, X, 19, conocemos el sitio en donde habitaba en Roma Plinio el Joven.

consagra a la severa Minerva, porque, por agradar las orejas de cien jueces, trabaja con sumo primor los discursos que las venideras generaciones juzgarán tan bellos como los escritos del Arpinate (1). Llegarás más segura y oportunamente al tiempo de encender las lámparas. Esta hora es la tuya: la de la furia de Baco, la del reinado de la rosa, la de los perfumes en los cabellos. Esta es la hora en que los mismos rígidos Catones deben leer mis versos...”

”¿Hice yo mal, puesto que el poeta escribió de mí tales cosas, en despedirle afectuosísimamente entonces, y en sentir ahora su muerte con duelo muy amargo? Díome todo cuanto pudo, y más me diera aún si pudiera. Y allende de esto, ¿qué cosa mejor puede darse al hombre que la alabanza, la gloria, la inmortalidad? Pero, ¿no serán eternos sus escritos? Acaso no lo sean; pero él los escribió con la intención de que lo fueran.”

Y lo han sido. Es eterna la gloria de Marcial porque su obra sabe a hombre: *Hominem sapit*. Es el más veraz y el más vivaz de los poetas hispanorromanos: y con el otro celtíbero, Aurelio Prudencio, mucho más español que los dos poetas cordobeses. La obra de Marcial es una floresta con deliciosos rincones, en que casi nadie, por pudor, osaba entrar. La culpa es suya. A la entrada del parque, la ingenua procacidad del bilbilitano puso un Príapo insolente que vedaba el ingreso a quienes tuvieran la vergüenza encendidiza y tierna la rubicundez. Yo entré en él. Lo más procaz es la fachada. Pero así que la esperanza llena de nidos de ruiseñor os acogió en su sombra balsámica, no es cosa rara que siguiendo alguno de los vericuetos tan blandos al pie, os encontréis en un oscuro bosquecillo de cipreses, erecta en impoluto mármol, con la Doncella Cecropia, con la propia Minerva ateniense, moradora de la selva profunda.

LORENZO RIBER.

---

(1) Marco Tulio Cicerón, nacido en Arpino.